

Este documento ha sido descargado de:  
This document was downloaded from:

*Núlan*

**Portal *de* Promoción y Difusión  
Pública *del* Conocimiento  
Académico y Científico**

**<http://nulan.mdp.edu.ar> :: @NulanFCEyS**

**+info <http://nulan.mdp.edu.ar/2446/>**

## **El retorno de la felicidad a la economía: una mirada teórica y un análisis empírico sobre cómo perciben los argentinos su “satisfacción con la vida” en el plano económico**

*The return of happiness to the economy: a theoretical look and an empirical analysis on the perception of Argentinians “life satisfaction” in economic terms*

**Victoria Giarrizzo<sup>\*,a</sup> y Dardo Ferrer<sup>b</sup>**

a. Universidad de Buenos Aires, Argentina

b. Universidad Nacional del Sur, Argentina

### **Resumen**

La investigación analiza el resurgimiento de los estudios sobre felicidad en la economía, repasa los criterios de mediciones más consensuados, presenta resultados empíricos realizados en la Argentina durante 2014, y discute las dificultades teóricas para establecer una disciplina subalterna dentro de la economía, como se intenta con lo que suele denominarse “economía de la felicidad”. Sobre este análisis, se busca demostrar la importancia de seguir avanzando en esas líneas de investigación para construir herramientas más sólidas que permitan mejorar el diseño de las políticas públicas destinadas a mejorar el bienestar.

**Palabras clave:** felicidad, economía, bienestar económico, satisfacción con la vida.

### **Abstract**

*The research analyses the reappearance of studies on happiness in the economy, reviews the most accepted measurement criteria, presents empirical results achieved in Argentina during 2014, and discusses the theoretical difficulties to establish a subordinate discipline within the economy, as it is attempted with what is often called “economics of happiness”. On this analysis, we seek to demonstrate the importance of further progress in those areas of research to build stronger tools which allow for improvement in the design of public policies in order to enhance welfare.*

**Keywords:** happiness, economy, economic welfare, life satisfaction.

Recibido 6 febrero 2015 / Revisado 8 mayo 2015 / Aceptado 12 mayo 2015

---

\* Autor de correspondencia: vgiarrizo@gmail.com

## 1. Introducción

En los últimos años, los estudios teóricos y empíricos sobre felicidad se han vuelto más frecuentes en economía. La evidencia de que mayores niveles de riqueza no necesariamente determinan mejoras en la felicidad y las contradicciones entre las teorías dominantes por mucho tiempo en la ciencia económica y la realidad vivencial de las personas, estableció la necesidad de comprender más profundamente los causantes de la “satisfacción con la vida” de los individuos y su vínculo con la economía. Así, tras permanecer relegada por más de cien años de la ciencia económica, los economistas han vuelto a poner su interés en la felicidad y se han volcado a estudiar más rigurosamente las valoraciones que realizan los individuos sobre su “satisfacción con la vida”, para comprender y establecer el vínculo entre esas percepciones y variables como el ingreso o la riqueza.

Ayudadas en el desarrollo de estadísticas más robustas y metodologías consensuadas, las investigaciones sobre felicidad en economía han proliferado, al punto de pretender establecer una disciplina específica: la “economía de la felicidad”. Sin embargo, a pesar de los avances metodológicos y empíricos, persiste un vacío teórico profundo que impide, por un lado definir esa subdisciplina científica, y por otro, diseñar políticas públicas en base a los resultados obtenidos en el caudal de mediciones realizadas. Las líneas de investigación modernas abiertas en torno a la felicidad dentro de la economía, se basan principalmente en la medición del fenómeno. Abundan en elaboración de indicadores, correlaciones para establecer causalidades, construcción de cuestionarios y relevamientos empíricos con resultados a veces coincidentes y otros divergentes; pero son escasas en aportes teóricos que permitan definir una teoría general.

Aún así, los avances metodológicos y empíricos vienen siendo significativos, convirtiéndose en herramientas esenciales para comprender aspectos relevantes en la vida y el bienestar como:

- a. El tipo de vínculo que establecen los individuos entre el plano vivencial y el plano económico.
- b. Hasta dónde las variables del subsistema económico como ingresos, empleo, vivienda, o el consumo de bienes y servicios, mejora la satisfacción en la vida de los individuos.
- c. Cuándo y en qué condiciones esos componentes se convierten en un limitante para que las personas puedan experimentar sensaciones de satisfacción con su vida, que sean percibidas como ‘felicidad’.

El objetivo de este trabajo será repasar el regreso a la economía de los estudios vinculados a las percepciones de felicidad individual, exponer las mediciones más usadas, y presentar los resultados de estudios empíricos sobre economía y felicidad realizados en la Argentina durante 2014. Sobre ese análisis, por un lado, se demostrará la importancia de continuar avanzando en estas líneas de investigación para construir herramientas que permitan mejorar el diseño de las políticas públicas destinadas a incrementar el bienestar; y por el otro, se analizarán las limitaciones teóricas que aún existen en los estudios económicos

vinculados a la felicidad y sus consecuencias más inmediatas. Una de ellas, es la imposibilidad de definir una disciplina subalterna o específica como se ha intentado, sin éxito, con la denominación “economía de la felicidad” (lo que no impide hablar de una literatura de la felicidad), y la otra, se basa en las dificultades para diseñar políticas económicas en la medida en que la falta de sustento teórico imposibilita justificarlas a partir de las mediciones realizadas.

El artículo está estructurado de la siguiente forma: en el punto 2, se resumen los primeros desarrollos teóricos vinculados a la felicidad y el retorno de estos estudios a la economía; en el punto 3, se repasan los criterios más utilizados para medir la felicidad; en el punto 4, se presentan los resultados obtenidos en mediciones realizadas en la Argentina, específicamente, en el Gran Buenos Aires; en el punto 5, se realizan algunas observaciones sobre las mediciones y las recomendaciones que suelen extraerse de esos resultados, y en el punto 6, se presentan las reflexiones finales.

## **2. Los caminos “teóricos” de la felicidad**

El desarrollo a fines del siglo XX de un caudal de estudios que indagan sobre la relación entre la economía y la felicidad de los individuos, parece haber establecido una disciplina específica dentro de la economía: la “economía de la felicidad”. Este enfoque, si bien aparenta ser reciente, puede verse como un resurgimiento de las concepciones clásicas que tuvieron una posición dominante en la ciencia económica hasta mediados del siglo XIX. Los economistas clásicos consideraban que promover el bienestar de la sociedad era uno de los objetivos de la economía y para ello le prestaban especial interés a la felicidad. En los siglos XVIII y XIX, con Jeremy Bentham (1748-1832) primero y John Stuart Mill (1806-1873) después, surge en Inglaterra el utilitarismo, una doctrina filosófica que le asigna una importancia especial a las experiencias hedónicas de las personas. El utilitarismo define a la moral en función de las nociones de placer y dolor, estableciendo a la utilidad como principio de la moral: las acciones morales serán aquellas que maximizan el placer y minimizan el dolor. Bentham (traduc. 2008) sostiene que todo acto humano, norma o institución debe juzgarse por su utilidad, una utilidad que se manifiesta en el placer o sufrimiento producido en las personas. La propuesta de Bentham es ambiciosa: analizar las cuestiones sociales y económicas midiendo la utilidad de cada acción o decisión. Eso da lugar a una nueva ética basada en el goce de la vida y no en el sufrimiento, donde el objetivo final es lograr la mayor felicidad en la mayor cantidad de personas. En la visión de Bentham, útil es aquello que aumenta el placer y disminuye el dolor, con lo cual su ética se reduce a un cálculo felicítico que mide los placeres y dolores de los individuos.

A pesar de tomar distancia del hedonismo, Mill logra una continuidad con la concepción utilitarista de Bentham durante buena parte del siglo XIX. Mill considera que el objetivo de una sociedad, es conseguir la felicidad de la mayor cantidad de gente posible. La felicidad general, desde su visión, debe calcularse a partir del mayor bien para el mayor número de personas, pero reconociendo, a la vez, que ciertos placeres tienen una calidad superior a otros. El utilitarismo

propone una forma de evaluación sencilla de la moral: para conocer si una acción es moral, hay que estimar sus consecuencias positivas y negativas de manera que, si lo bueno supera a lo malo, se puede afirmar que una acción es moral. En el siglo XIX, Edgeworth propuso el "hedómetro", un instrumento imaginario similar a un barómetro, que mide el nivel de placer y dolor experimentado por un individuo en determinado momento y que se representa como una función continua en el tiempo. La integral debajo de la curva que propone el hedómetro, sería una medida de la felicidad del individuo para un período determinado.

Vale aclarar que el concepto de felicidad es anterior al desarrollo de la economía como ciencia. Desde Antístenes, Platón, Aristóteles o Epicúreo se plantea a la felicidad como principio filosófico. Para los griegos, la felicidad es algo que sucede naturalmente, y sobre lo que el hombre no tiene control. Pero aún así los griegos recorren un camino de replanteos y reflexiones sobre la felicidad y las posibilidades de alcanzarla, marcando un punto de inicio en el estudio sistemático de la felicidad para el mundo occidental. En la filosofía griega, los planteos sobre la felicidad nacen muy ligados al surgimiento de la ética. Sócrates, uno de los instauradores de ese debate, afirma que la felicidad está al alcance del hombre, y que el ser humano puede conseguirla a través de su conducta moral. Es decir, mediante el ejercicio de la moral el hombre puede ejercer control sobre su vida y encontrar la felicidad. Posteriormente, llegan las interpretaciones de Platón y Aristóteles que comprenden la felicidad dentro del eudemonismo, un concepto filosófico que justifica todo aquello que una persona realice si el objetivo de esa acción es lograr la felicidad. El punto de partida del eudemonismo es que para llegar a la felicidad hay que actuar naturalmente. En su *Ética a Nicómaco* y la *Política*, Aristóteles (traduc. 2011) enseña que la felicidad (*eudaimonia*) es el objetivo de la ciencia política, que a la vez se sostiene en dos pilares: la ética y la economía. La economía se ocupa de lo externo, de los bienes materiales necesarios para la felicidad y la ética de la virtud, un elemento fundamental para el comportamiento que permitirá llegar a ese estado.

Muchas escuelas filosóficas ofrecen por esa época entendimientos diferentes, a veces opuestos, sobre el concepto de felicidad. Pero en general coinciden en la función de la filosofía como *praxis* para alcanzarla. Epicuro define la felicidad como alivio al dolor humano. Adhiere al hedonismo, una doctrina filosófica que plantea que el objetivo de la vida es alcanzar el placer de los sentidos. Propone a la amistad y filosofía como caminos para encontrar la buena vida, la felicidad, el bienestar y la serenidad, y afirma que la existencia de un punto máximo de placer, la *ataraxia*, constituye el estado en el que se obtiene la serenidad total. La presencia de placer o felicidad es un sinónimo de la ausencia de dolor u otra aflicción, como el hambre o aburrimiento. Este filósofo griego, que vive entre los años 341 y 270 A.C., encuentra que los placeres y sufrimientos son consecuencia de la realización o impedimento de los apetitos; distingue tres clases de estos: los apetitos naturales y necesarios, como alimentarse; los naturales pero no necesarios, como los vínculos entre las personas o la gratificación sexual; y los no naturales ni necesarios, como la búsqueda de poder, dinero o prestigio. Más adelante, otros filósofos como Epícteto o Séneca coincidirán con sus precursores en que todos los hombres aspiran a la felicidad,

aunque seguirán plasmando diferencias acerca de qué es la felicidad y cómo alcanzarla.

Con ese espíritu intelectual y racional, los griegos expanden rápidamente sus doctrinas y pensamientos sobre la felicidad al mundo romano, que es entusiasta seguidor de las ideas griegas. Sin embargo, cuando el cristianismo impone su dominio en Occidente, el acceso a la felicidad queda supeditado a los seguidores y adherentes a esa doctrina. Desde entonces, la felicidad entrará en un plano divino (la felicidad consistirá en el cumplimiento de la voluntad de Dios, en la vivencia de la fe, en el seguimiento de Cristo), y pasarán siglos hasta que su estudio vuelva a instalarse, ya no solo en la sociedad, sino también en las ciencias por entonces emergentes.

### **2.1. Los marginalistas y la omisión de la felicidad**

En la escuela clásica de fines del siglo XVIII y primera mitad del XIX, el estudio de la economía pretende resolver los problemas que impiden alcanzar la felicidad mayoritariamente posible (Bentham, Mill). No obstante, las sucesivas crisis y la imposibilidad teórica por parte de la escuela clásica para resolver el problema de la distribución genera la crítica marxista y la revolución marginalista: el orden económico no provoca mayor bienestar, sino mayores penurias. La economía se transforma en una ciencia de la privación o la escasez y el objetivo de la felicidad se diluye irresuelto, para devenir a principios del siglo XX en la “economía del bienestar”. En este nuevo enfoque, el bienestar económico ya no es asimilable a la felicidad. La utilidad ya no es interpretada como una medida del placer y el dolor, ni responde a la cualidad hedónica de los resultados, como proponía el viejo utilitarismo. Como explican Kahneman y Sugden (2005), en la definición de utilidad que se utilizará durante los cien años siguientes, se la entiende como una decisión que se toma de acuerdo a la utilidad que los individuos creen que les generará determinadas elecciones (utilidad de decisión).

La decisión es así una representación de las preferencias, entendiéndose el concepto de preferencia en términos de elección: las preferencias de una persona son entidades mentales que explican sus elecciones, y son puestas de manifiesto mediante esas decisiones. En contraposición a la utilidad experimentada que promueven los clásicos, la utilidad de decisión de los marginalistas supone que la utilidad está definida por fenómenos observables, como son las elecciones de los consumidores. Bajo esta visión está el supuesto de que los consumidores son soberanos y que siempre eligen opciones que maximizan su utilidad.

Diversas razones contribuyen a ello. Una de estas, es que el principio de la escasez torna a la economía una ciencia lúgubre. Kahneman y Sugden (2005) consideran que hubo otros dos fenómenos fuertes. Por un lado, la revolución conductista de principios del siglo XX, donde los economistas rechazan la subjetividad de la utilidad experimentada en favor de la objetividad de opciones observables que permitan establecer relaciones matemáticas y darle rigurosidad aparente a la ciencia. Y por otro, una poderosa razón habría venido de la economía normativa. En la visión neoclásica de la economía del bienestar del siglo XX, la medida de bienestar para cualquier persona es su utilidad. Si la utilidad se interpreta como la utilidad de decisión y si los agentes económicos son

maximizadores racionales de esa utilidad, no hay necesidad de preocuparse por si están eligiendo cosas que van a disfrutar. El hecho de ser racional en el sentido formal de que se actúe en consonancia con las preferencias personales, garantiza la maximización de la decisión de utilidad. Esto evita abordar la cuestión empírica del impacto de determinadas decisiones sobre la felicidad humana. Así, el enfoque de la economía del bienestar se basa en la valoración contingente y otras preferencias declaradas. Por ejemplo, para medir la ganancia de bienestar de una acción, solo hay que preguntarles a las personas cuánto están dispuestas a pagar para hacerla. Kahneman y Sugden recuerdan que mientras se creía que la hipótesis de racionalidad de la teoría económica convencional era fiable, a los economistas les fue posible omitir la distinción entre la utilidad de decisión y la utilidad experimentada. Solo con afirmar que un agente es racional y maximizador se induce a que su decisión maximizará su placer neto.

Esto fue ayudado por otro suceso de la época: el surgimiento de ciencias sociales como la psicología o la sociología, como disciplinas independientes. A mediados del siglo XIX, la psicología, que está bajo el ala de la filosofía, comienza a adoptar métodos específicos para estudiar el comportamiento humano y se consolida como disciplina separada, con objetivos y métodos propios. A fines del mismo siglo, se desarrolla la sociología. Así, la felicidad ya no será un campo de la economía y permanecerá por casi cien años como campo de estudio de otras ciencias.

## 2.2. El retorno de la felicidad a la economía

¿Por qué la economía vuelve a estudiar la felicidad? Hasta la década del '80, mientras la escuela neoclásica, con plena dominancia teórica en esa época, analiza los fenómenos aplicando un enfoque completamente objetivo donde se omiten las opiniones y percepciones de los individuos sobre sus deseos o emociones y en cambio se las presupone en base a un conjunto de axiomas y supuestos; la psicología hace lo opuesto. Mediante la adopción de una mirada subjetiva los psicólogos concentran su atención hacia el interior del individuo descuidando el entorno y las variables externas que determinan muchas de las emociones, sensaciones y acciones de las personas (entre ellas, la restricción económica). De este modo, los estudios sobre la felicidad se vuelven muy comunes en psicología y casi inexistentes en la economía.

Sin embargo, esa economía perfecta propuesta por el programa neoclásico, comienza a mostrar limitaciones evidentes con el tiempo. Su exceso de rigor científico tiene como costo la pérdida de relevancia empírica. El individuo lejos de ser racional, maximizador, con capacidad de procesar la información disponible, elegir la opción óptima y aprender de sus errores, se considera un ser imperfecto, que duda, se equivoca repetidamente, cambia de opinión, es inconsistente en sus elecciones e incapaz de aprender de sus errores. Esto da lugar al surgimiento de una nueva disciplina: la economía del comportamiento que comenzará a evaluar la conducta de los agentes. No obstante, lejos de presuponer el comportamiento de los individuos como hacía la escuela neoclásica y buscar generalizaciones, se avanza en el estudio subjetivo del *homo economicus*. Dentro de esos estudios, la felicidad vuelve a tomar relevancia y las percepciones de los individuos, que son

los destinatarios de las políticas económicas, vuelven a ser importantes en el análisis. Es que si una de las razones para dejar de lado los estudios de la felicidad fue no poder cuantificarla, con la propuesta de la economía conductista ya no hay motivos para no estudiarla.

A eso se suma otro factor. Cuando la voz del individuo comienza a ser escuchada por los economistas, surgen contradicciones entre la teoría y realidad. La más visible es que, mientras la economía dominante presupone que el crecimiento y los mayores ingresos automáticamente mejorarán el bienestar, los estudios empíricos demuestran que esto no siempre sucede. Un trabajo pionero realizado por Easterlin, en 1974 con datos para Estados Unidos, comprueba que desde 1946 los aumentos de ingresos no están asociados a niveles más altos de felicidad. Así, aunque desde la Segunda Guerra Mundial los ingresos de EEUU se duplican, las personas no se declaran más felices. Si bien esos resultados están influidos por cambios en las preferencias, abren muchas hipótesis. Una de ellas, que los ingresos no siempre otorgan mayor felicidad a las personas. Desde mediados de los '70, los estudios que comparan los ingresos con la felicidad comienzan a ser frecuentes y los resultados altamente dispares.

Comparando individuos en un momento del tiempo, Frey y Stutzer (2002) encuentran que las personas con más ingreso tienen mayores niveles de felicidad. Sin embargo, obtienen como resultado que la felicidad sigue la curva de utilidad marginal decreciente con el ingreso absoluto, es decir, el dinero aumenta la felicidad pero ese incremento tiene un límite (la felicidad no crece hasta el infinito). Ese mismo resultado se obtuvo al estudiar la relación entre ingreso y felicidad en diferentes países: si bien para niveles de ingresos bajos un aumento en la renta incrementa la felicidad, luego de un determinado límite (aproximadamente US\$ 10.000 *per cápita*, según lo relevado en ese trabajo), el incremento es cada vez menor. Resultados similares fueron obtenidos por Gardner y Oswald (2001), al analizar el impacto sobre la felicidad de las ganancias por loterías y herencias. La conclusión de estos autores es que esas ganancias conducen a mayores niveles de felicidad al año siguiente de percibir las, pero el efecto se diluye con el tiempo. Otras investigaciones que avanzaron en el establecimiento de la relación entre ingreso y felicidad en el tiempo, encuentran que, a pesar del crecimiento que suele mostrar el ingreso, la felicidad queda estable y en algunos períodos se reduce (Frey y Stutzer, 2000). Una de las explicaciones a ese fenómeno es que los altos ingresos no siempre se traducen en mayores niveles de felicidad porque las personas miran su posición relacionándola con la de otros individuos y no sus ingresos absolutos (Frank, 1985). En ese mismo sentido, Easterlin (2001) afirma que la gente con ingresos más altos en promedio es más feliz, pero cuando sube el ingreso de todos los individuos sin alterar los ingresos relativos, no aumentan los niveles de felicidad.

La influencia de la economía sobre la felicidad presenta una gama de posibilidades. Varía según el nivel de ingresos individuales, de los ingresos relativos, según el punto de la curva de ingresos en el que el individuo esté posicionado, y de acuerdo a los gustos, costumbres y necesidades. Pero detrás de todas esas "condiciones", está la existencia de una relación causal. La economía, como otras tantas variables (la salud, los amigos, la pareja, la justicia, etc.) influye sobre la felicidad de las personas. La pregunta es: ¿hasta dónde y en qué



intensidad? Para responder a ello, es inevitable intentar cuantificar primero a la felicidad.

### 3. Criterios para medir la felicidad

La evidencia de que más ingresos, más riqueza, más empleo o menos pobreza no siempre son indicadores de mayor felicidad de las personas, ha impulsado en la última década a desestimar indicadores objetivos como el Producto Interno Bruto (PIB), el ingreso *per cápita* o la tasa de desempleo, entre muchísimos otros, como reflejo de lo que sucede con la felicidad individual. Eso ha llevado a una búsqueda de criterios alternativos que posibiliten una mejor aproximación a esa variable, y siendo la felicidad unos de los objetivos mayores que persiguen las personas en su vida, se continúa intentando comprender la incidencia que tienen sobre ella las variables económicas.

En términos de construcción teórica, no parece ser operacional definir un criterio para determinar quién es feliz, como si fuera una línea de pobreza o una tasa de desempleo. Al tratarse de un fenómeno intrínseco a cada individuo, resulta mejor cuantificarlo según las valoraciones que realiza cada uno sobre su propia felicidad que mediante el juicio de expertos. Por eso, los estudios sobre felicidad suelen establecer aproximaciones a partir de la definición de términos, conceptos o estados subjetivos que puedan asimilarse a un estado de felicidad.

Uno de los precursores de los estudios empíricos de felicidad en economía, es Richard Easterlin cuando, en 1974, evalúa la felicidad de los individuos utilizando cuestionarios elaborados por el *World Values Survey* con preguntas genéricas que permiten medirla cualitativamente. La pregunta principal planteada es: "En general, ¿se considera usted feliz, muy feliz, bastante feliz o no muy feliz?". En otro tipo de datos usados por Easterlin los entrevistados debían calificar su felicidad en una escala de 0 (la peor vida posible) a 10 (la mejor vida).

Desde entonces, se han sucedido diferentes métodos para indagar sobre la felicidad. En general, la información sobre el nivel de felicidad individual se obtiene mediante sencillos cuestionarios con preguntas directas para obtener valoraciones sobre cómo percibe la gente su "satisfacción con la vida". Estos estudios suelen incluir unas pocas preguntas con ítems para responder sobre escalas ordenadas como: "infeliz", "poco feliz", "feliz", "muy feliz" o "extremadamente feliz"; o bien: "altamente satisfecho" (con su vida), "satisfecho", "poco satisfecho", "insatisfecho". Pero así como algunos preguntan directamente a los individuos sobre su felicidad, otros en función de las dificultades y respuestas no siempre transparentes que dan los individuos cuando se les pregunta sobre su propia felicidad, buscan inducir la respuesta mediante conceptos que se asemejen (satisfacción con la vida, alegría, entusiasmo, desarrollo personal, etc.).

En 1989, Argyle, Martin y Crossland desarrollan el *Oxford Happiness Inventory* que sirve de base para el *Oxford Happiness Questionnaire*, elaborado por Hills y Argyle en 2002. En este cuestionario, muy usado en la actualidad, se mide en el individuo su satisfacción a partir de veintinueve ítems, mediante los que se induce un resultado para determinar su nivel de felicidad. Otras medidas

popularizadas a mediados de los '80 fueron los índices y escala de satisfacción con la vida (Diener, 1984; Diener, Emmons, Larsen y Griffin, 1985; Pavot y Diener, 1993). La pregunta sobre satisfacción con la vida ha sido utilizada en la Encuesta Mundial de Valores (WVS), en Latinobarómetro, en *British Household Panel Survey* (BHPS) o el *German Socio-Economic Panel* (GSOEP).

Siguiendo esos desarrollos, desde el año 2007, el Centro de Economía Regional y Experimental (CERX) lleva adelante el Programa de Investigación sobre Economía y Felicidad (PIEF) en la Argentina. El mismo se realiza en tres etapas del año. En la primera, se determina mediante relevamientos generales la percepción de la población sobre su felicidad y bienestar económico. En la segunda y tercera etapa, según los resultados del relevamiento general, se enfocan aspectos puntuales mediante experimentos de campo y cuestionarios afines. Estos estudios, si bien no tienen una cobertura geográfica amplia, permiten conocer la percepción de felicidad en la Argentina y encontrar su asociación con algunas variables económicas.

#### **4. Explorando la felicidad en la Argentina**

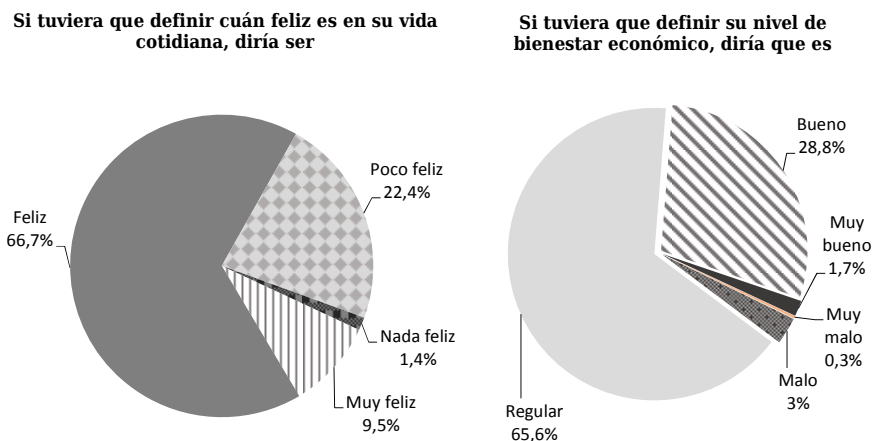
Durante julio de 2014, se realizó un relevamiento general entre 850 individuos de la Ciudad Autónoma de Buenos Aires y Gran Buenos Aires, para evaluar sus percepciones sobre la felicidad y el bienestar. El cuestionario, ya utilizado en años previos, es estratificado según sexo, edad, ocupación, ingresos, situación conyugal y cantidad de hijos; e indaga a los individuos sobre: a) la evaluación de su bienestar económico, a partir de las opciones: muy malo, malo, regular, bueno o muy bueno; b) la evaluación de su felicidad cotidiana, según las alternativas: "muy feliz", "feliz", "poco feliz" o "nada feliz"; c) la evaluación de su satisfacción con la vida, teniendo en cuenta los parámetros: "muy satisfecho", "bastante satisfecho", "poco satisfecho" o "nada satisfecho"; d) la identificación de situaciones que el individuo cree que podrían hacerlo más feliz y de aquellas que afectarían negativamente a su felicidad; e) la incidencia del trabajo en su percepción de felicidad.

##### **4.1. Comparaciones entre felicidad y bienestar**

Los resultados del relevamiento muestran similitudes con estudios realizados en 2007, 2011, 2012 y 2013: los individuos revelaron niveles relativamente altos de percepciones de felicidad individual, pero no de bienestar económico. De acuerdo con las respuestas obtenidas, el 76,2% de las personas declaran sentirse "felices" o "muy felices", pero simultáneamente el 68,9% manifiesta que su nivel de bienestar económico es "regular", "malo" o "muy malo".

Si la economía fuera un determinante único de la felicidad, es de esperar que si la cantidad de individuos con valoraciones de bienestar económico positivas fuera baja, la cantidad de individuos con valoraciones positivas de felicidad, también lo fuera; sin embargo el contraste surgido del relevamiento es contrario: bajas percepciones de bienestar no necesariamente determinaron bajas percepciones de felicidad. Esto sugiere una primera hipótesis: al momento de

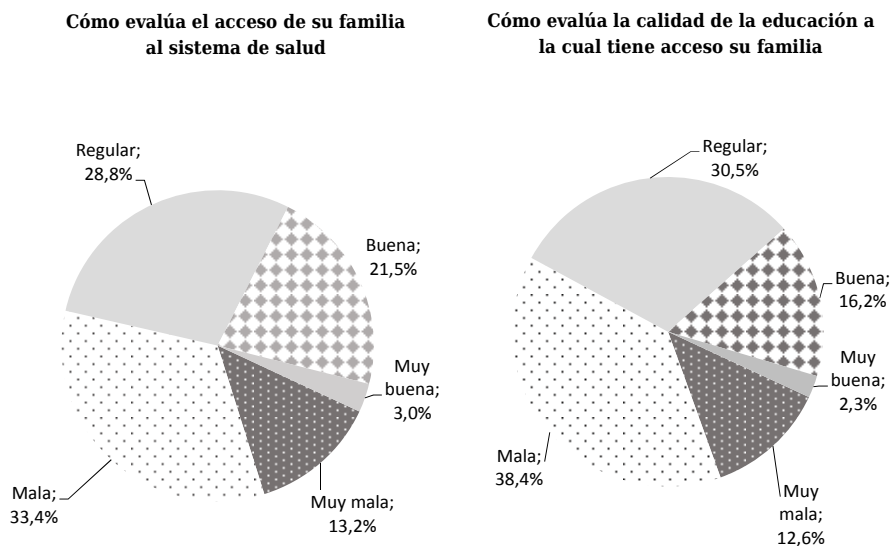
definir su estado de felicidad, la gente parece omitir su situación económica y decir cómo se siente evaluando ámbitos de su vida que traspasan las fronteras de la economía. Esto se refleja en otro dato: aun entre aquellas personas que dicen no contar con ingresos suficientes para tener un estándar de vida deseado, el 70,3% se declara “feliz” o “muy feliz”. La economía incide claramente en la felicidad, pero al menos entre individuos en cuyos hogares hay algún tipo de ingresos, no parece ser un determinante. Los resultados coinciden con las diferentes líneas de investigación que plantea la literatura internacional de las últimas décadas: las dimensiones de la felicidad son múltiples y la económica es solo una de ellas. Los individuos pueden sentirse felices aun cuando su valoración de bienestar económico no sea favorable (Figura 1).



**Figura 1.** Valoraciones de felicidad y bienestar en la Argentina. Año 2014  
 Fuente: Programa de Investigación sobre Economía y Felicidad (PIEF) de CERX. Julio 2014.

Cuando se comparan los resultados obtenidos en 2014, con las percepciones de bienestar y felicidad obtenidas entre los años 2007 y 2013 parecería que las mejoras o deterioros en las valoraciones de bienestar económico no incidieron en la percepción de felicidad individual: mientras en esos años la percepción de bienestar económico se redujo, las de felicidad permanecieron estables. Si bien los cambios en las percepciones de bienestar responden a la evolución en variables como los ingresos, el empleo o el acceso a determinados bienes y servicios como educación, salud, vivienda; las percepciones de felicidad que parecen responder a una cantidad más amplia de variables no muestran cambios significativos entre una medición anual y otra. Así, desde el punto de vista de las valoraciones sociales (como educación y salud), se puede observar que las personas se sienten felices dentro de una percepción económica y social regular: en la encuesta de 2014, el 75,5% de los individuos declara que su acceso al sistema de salud es “regular”, “malo” o “muy malo”, y otro 81,5% declara lo

mismo sobre el acceso que tiene o tuvo su hogar al sistema educativo. Aun así, las percepciones de felicidad son relativamente altas, lo cual demuestra que estas condiciones no explican en forma excluyente la felicidad (Figura 2).



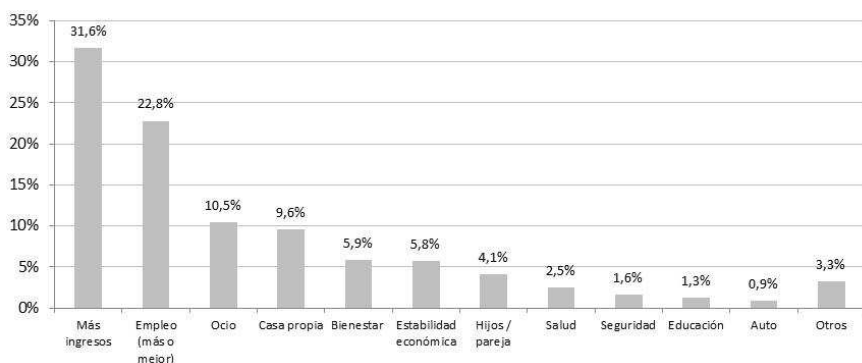
**Figura 2.** Valoraciones sobre el acceso a bienes sociales en la Argentina. Año 2014  
Fuente: Programa de Investigación sobre Economía y Felicidad (PIEF) de CERX. Julio 2014.

#### **4.2. La felicidad, como un fenómeno económicamente condicionado**

¿Qué puede hacer más feliz a un individuo? La literatura económica ha indagado sobre ese aspecto, aunque los resultados no siempre coinciden con las creencias individuales. En el relevamiento, se les preguntó a los encuestados qué necesitarían para ser felices o más felices. La pregunta fue abierta, y más del 70% de las respuestas fueron referidas a condiciones económicas: “más ingresos” (31,6% de las respuestas), “más y mejor empleo” (22,8%), “vivienda propia” (9,6%) y “estabilidad económica” (5,8%). El resto de las respuestas fueron condiciones diversas como: “mayor tiempo disponible” (10,5%), “más bienestar” (5,9%), “pareja y/o hijos” (4,1%), “desarrollo personal” (4,3%) o “salud” (2,5%).

El resultado no contradice la suposición inicial: las personas se sienten felices pese a una situación económica regular, pero para mejorar su felicidad creen necesitar mejores condiciones económicas. Así, si bien la felicidad no es un fenómeno económico, sí parece ser un fenómeno económicamente condicionado, y posiblemente por eso el componente económico de la felicidad resulta sobrestimado por los individuos, en especial cuanto más profunda es la restricción económica. Los individuos creen necesitar mejores condiciones económicas para ser más felices, pero al mismo tiempo quienes tienen malestar económico se

declaran felices, lo que demostraría una alta valoración del componente económico en la idea de la felicidad (Figura 3).



**Figura 3.** ¿Qué necesitaría para ser más feliz? (Argentina, 2014)

Fuente: Programa de Investigación sobre Economía y Felicidad (PIEF) de CERX. Julio 2014.

De todos modos, en las declaraciones de felicidad prevalecen algunas diferencias según los niveles de ingresos. Dividiendo la muestra en tres tercios, teniendo en cuenta los ingresos familiares reportados por los encuestados, se observa que en el tercio de mayores ingresos (familias con ingresos mensuales promedio de US\$ 1.400) el 17,3% se declara “poco feliz” y el 1,1% “nada feliz”. Entre los individuos de ingresos medios (ingresos mensuales promedio de US\$ 880), las declaraciones de “poco feliz” o “nada feliz” suben al 20,5% y 1,4% respectivamente, mientras que entre los encuestados de ingresos bajos el 29,2% se declara “poco feliz” y el 1,8% “nada feliz” (Tabla 1).

Independientemente de estas diferencias, en los tres segmentos de ingresos, más del 69% de la población se declara “feliz” o “muy feliz”. Evidentemente, conviven zonas ocultas en el determinismo económico. Diferentes esferas de la realidad individual y colectiva interactúan en la vida de una persona. La satisfacción de vida, los logros personales y la constitución familiar, se conjugan con la apreciación de las políticas públicas y la pertenencia de grupo, para conformar la percepción de felicidad individual que no siempre ilustra la situación económica de las personas. La felicidad puede percibirse con igual intensidad en diferentes situaciones económicas, aunque ciertamente, en algunos casos la economía es un condicionante.

### 4.3. Incidencia del empleo y la situación económica individual

En el mismo cuestionario, se solicitó a los participantes que relacionaran su felicidad con su situación económica y de empleo. Los resultados muestran que los individuos estiman que el bienestar económico tiene una influencia relativa en su felicidad; y su trabajo, visto como el empleo en forma cultural, es una fuente de

malestar cuando las condiciones no son las deseadas. Según los resultados: el 51,5% de los individuos afirma que su situación económica incide “más o menos” en su felicidad, otro 9,8% considera que incide “poco” o “nada”, el 9,9% cree que incide “mucho” (9,9%) y el 28,8% respondió: “bastante”. En cuanto al empleo, el 39,5% sostiene que su trabajo los hace “poco” o “nada feliz” (Tabla 2).

**Tabla 1.** Percepción de felicidad individual según ingresos familiares

	Ingresos familiares		
	Altos	Medios	Bajos
% de la muestra	33,3%	33,3%	33,4%
Ingreso mensual promedio de ese estrato	US\$ 1.400	US\$ 880	US\$ 500
Muy feliz	13,8%	8,5%	6,3%
Feliz	67,8%	69,6%	62,7%
Poco feliz	17,3%	20,5%	29,2%
Nada feliz	1,1%	1,4%	1,8%

Fuente: PIEF-CERX.

**Tabla 2.** Incidencia del empleo y la situación económica en la felicidad individual

¿Cuánto cree que incide su situación económica en su felicidad?		Su trabajo lo hace...	
Mucho	9,9%	Muy Feliz	14,2%
Bastante	28,8%	Feliz	46,4%
Más o menos	51,5%	Poco feliz	29,1%
Poco	9,4%	Nada feliz	10,4%
Nada	0,4%		

Fuente: PIEF-CERX.

#### **4.4. Consumo lúdico y felicidad**

Desde el punto de vista de la teoría económica estándar, el bienestar para un individuo es el acceso satisfactorio a la mayor cantidad de bienes y servicios. Ante un deseo de satisfacción continuo, los individuos se encuentran frente a elecciones de consumo sujetas a restricciones presupuestarias. De acuerdo al relevamiento general, solo un 37,1% de las personas declaran tener los ingresos suficientes para mantener un estándar de vida deseado. Entre los individuos que se declaran “felices” o “muy felices”, un 49,1% estima tener ingresos suficientes, mientras que entre los que se consideran “poco felices” o “nada felices”, un 21,3% manifiesta mantener un estándar de vida deseado. Nuevamente, un

porcentaje mayor de los individuos se siente feliz pese a que sus recursos no cubren su umbral subjetivo de consumo. Lo contrario muestra una lógica, un 21,3% de las personas que no se sienten felices tienen los ingresos necesarios. Obviamente existen otras causas de infelicidad o felicidad. Dentro de este contexto, surge la evidencia de que un individuo puede ser feliz aun cuando ve frustrado su consumo por la restricción económica. Para comprender ese vínculo, en septiembre de 2014 se repite una serie de relevamientos experimentales realizados en 2007, 2011 y 2012. Se plantean 500 entrevistas en espacios placenteros socialmente como cines, teatros o gimnasios dentro de CABA y GBA, donde se indaga a los individuos acerca de las percepciones de felicidad, qué aspectos la mejoran y cuáles la reducen. Los resultados presentan algunos cambios sustanciales con el relevamiento general. Cuando se entrevista a la gente saliendo de actividades socio-recreativas, la percepción de felicidad sube notoriamente: más de un 90% de los individuos se declara “feliz” o “muy feliz” y, correlativamente, también son mayores las valoraciones de bienestar. En cierta medida, el consumo de bienes o servicios culturales, lúdicos o deportivos resulta ser un indicador de bienestar social y modifica, al menos temporalmente, las percepciones individuales de felicidad (Tabla 3). Claro que esto da lugar a otra pregunta: ¿la gente se declara más feliz porque va al cine, al teatro o al gimnasio o, en cambio, los individuos felices son los que frecuentan más esos lugares y por eso aumentan las declaraciones de felicidad? De acuerdo al axioma de conducta, el consumo de bienes culturales disminuye el displacer aumentando el placer, lo que sugiere que esos individuos deberían realizar una valoración de felicidad más optimista en ese momento.

**Tabla 3.** Percepción de felicidad en actividades culturales y deportivas (septiembre, 2014)

	Situación normal	A la salida de cines, teatros y gimnasio
Muy feliz	9,5%	32,2%
Feliz	66,7%	60,2%
Poco feliz	22,4%	7,6%
Nada feliz	1,4%	0,0%

Fuente: PIEF-CERX.

#### 4.5. Ocio, creencia y determinantes de la felicidad

En la segunda parte de la entrevista realizada en septiembre 2014 entre individuos que salen de realizar actividades lúdicas, recreativas o deportivas, se indaga sobre los factores que inciden en la felicidad individual. Al contestar en otro contexto (espacios de recreación), se modifica el patrón de respuestas. Desaparecida la preocupación sobre la restricción presupuestaria, aspectos como el tiempo libre, las relaciones vinculares y el “estar bien” muestran su espacio oculto. Si en condiciones normales más del 70% de las respuestas individuales

señalan que para ser más feliz se requiere de mayores ingresos, más o mejor empleo y vivienda, en entornos recreativos el 23% de los individuos responde que para ser más feliz es necesario tener más tiempo libre, el 13,4% “pareja”, y solo el 13% menciona “mayores ingresos” (Tabla 4).

Más allá del bienestar económico, se muestra que existen condiciones referidas a la “satisfacción de vida” que influyen directamente sobre los niveles de felicidad individual. Aspectos destacados en esta situación son: la demanda de tiempo libre y la calidad de empleo y relaciones laborales. El desempleo y la precariedad laboral son fenómenos económicos y constituyen un objetivo primario, pero en esa dimensión, el empleo aparece como un elemento socializador, que en exceso resta horas a la satisfacción personal y traumatiza a quien lo realiza.

**Tabla 4.** Evaluación de la felicidad en individuos que realizan actividades culturales y deportivas

¿Qué cosas cree que aumentarían su felicidad?	
Tiempo libre	23,0%
Pareja	13,4%
Más ingresos	13,0%
Viajar	11,0%
Compra de auto/casa	10,8%
Bienestar	10,0%
Otros	18,8%

Fuente: PIEF-CERX.

## **5. Acerca de las mediciones y recomendaciones**

Los relevamientos, experimentos de campo, y en general, todas las mediciones alternativas desarrolladas, muestran determinantes de la percepción de felicidad. El desempleo, el nivel de ingresos, la salud, como muchas otras variables, se correlacionan con los distintos niveles de felicidad. El sentido común determina que las políticas públicas deben ser tendientes a ocuparse de estos problemas, pero la complejidad y la correlación no permiten determinar relaciones funcionales para establecer reglas teóricas de recomendaciones de políticas públicas. Por ejemplo, analizando una submuestra del relevamiento compuesta por las personas que se perciben felices, el 66,1% de esos individuos son solteros/as, separadas/os o divorciados/as. Si se tomara un concepto simple y general de causalidad, la determinación sería que si disminuye la cantidad de matrimonios o uniones de pareja, aumentarían los niveles de felicidad. Entonces, una recomendación de políticas públicas posible sería generar las condiciones propicias para que las personas vivieran solas, o bien facilitar las condiciones de acceso al divorcio, lo cual no pareciera una recomendación de incumbencia en las políticas públicas. Esto marca que para un mismo problema existen distintas



interpretaciones, la primera recomendación no tiene una lógica cultural, pero la segunda tiene lógica en el sentido de disminuir una situación de malestar. Lo cual no implica que la resolución sea el divorcio, en términos macro. Ese tipo de situaciones genera dos corolarios: el primero, es que no pueden derivarse recomendaciones de política a partir de regularidades empíricas que no establezcan relaciones funcionales de causalidad, a la vez, se torna determinante la necesidad de poseer un marco teórico específico que posibilite la delimitación de las relaciones causales; en segundo término, las mediciones de malestar son tan o más operacionales que las mediciones de felicidad a fin de establecer objetivos de análisis y recomendación de políticas.

Existe una evolución constante en la producción de trabajos sobre la felicidad en la última década, en ellos las distintas definiciones y procesos estadísticos la muestran relacionada o determinada por factores como: genes, ingresos, educación, género, corrupción, vínculos, edad, inteligencia emocional, relaciones sociales, desastres naturales, salud, hijos, empleo, crisis financieras, políticas públicas, impuestos, *status* relativo, inmigración o capital social, entre otras. En mayor o menor medida, estos trabajos encuentran una correlación estadística significativa, de acuerdo al herramental econométrico disponible, entre la felicidad de una sociedad y esta diversidad de condiciones. Pero la presencia de una correlación no determina causalidad, y tampoco establece una función teórica. Al mismo tiempo, la abundancia de estimaciones pone en claro la multicausalidad de la felicidad y centra la reflexión sobre la siguiente instancia: si la felicidad tiene múltiples causas que la determinan, seguramente esas causas no tienen la misma ponderación, tanto en el espacio como en el tiempo. La utilización de correlaciones y modelos formales no siempre forman conocimiento teórico. Esta multicausalidad demuestra que existe un problema de relevancia entre las distintas causas, en determinado momento y lugar, algunas son más relevantes o importantes que otras. En condiciones de pobreza, el principal problema es erradicarla, en un sistema económico de relativa abundancia, mitigado el problema de primer orden, las otras causas se tornan más relevantes. Incluso el axioma de comportamiento psicológico determina que un individuo que no puede satisfacer su pulsión, la retrasa o la sublima. De esta forma, una persona que se siente pobre, podría relegar esta insatisfacción en función de satisfacer otros deseos o necesidades.

Distintas definiciones y herramental de medición no constituyen un marco teórico, sino lo que llamaría Oswald (2012) una "literatura de la felicidad". Estas discrepancias, tienen divergentes consideraciones operacionales cuando se trata de medir y determinar políticas de bienestar. Sin configurar una escuela ni plantear un cambio de paradigma, se establece en la "literatura de la felicidad" un campo de investigación definido, donde convergen mediciones diversas en función de una redefinición del objeto de investigación.

## 6. Reflexiones finales

El siglo XX estuvo marcado por un amplio desarrollo teórico en el que se da por sentado que el crecimiento y los incrementos en la riqueza implican aumentos en

el bienestar. Sin embargo, el avance progresivo de la literatura de la felicidad ha mostrado que crecimiento, bienestar y felicidad, no siempre van asociados; se insta, así, la necesidad de desarrollar indicadores sociales que permitan mensurar no solo el bienestar material, sino también el bienestar humano en sus diversas manifestaciones, una de ellas: la felicidad. Es por ello que en las últimas décadas los estudios sobre felicidad han tenido un amplio desarrollo en economía, surgiendo indicadores como el de Felicidad Nacional Bruta en Bután o mediciones en diversos países como Gran Bretaña, Estados Unidos, Francia, España, Canadá, Argentina o Chile, entre otros. Pero a pesar del amplio desarrollo teórico y metodológico, quedan cuestiones teóricas y prácticas pendientes.

### **6.1. Cuestiones teóricas**

El desarrollo de estadísticas más robustas y metodologías consensuadas ha permitido una proliferación de investigaciones sobre felicidad en economía. Esta situación contempla dos aspectos: primero, la aplicación de un amplio instrumental metodológico de la economía sobre el tema, y segundo, la pretensión de demarcar una disciplina subalterna: la “economía de la felicidad”. Si bien a simple vista parecieran existir elementos históricos de la teoría de la ciencia que justifican la adopción del concepto, lo que en realidad se demuestra es que existe un amplio desarrollo, con distintas metodologías y diversas conceptualizaciones, pero que no son suficientes para delimitar una disciplina científica, y mucho menos un campo de investigación definido a partir de la economía. Esto se debe a varios motivos. El concepto de felicidad no está definido dentro de la economía como una categorización teórica. En gran medida, se asocia a nociones como bienestar (sobre todo económico), “vivir bien” o “satisfacción de vida”.

Obviamente, el sentido común establece una definición más amplia, que excede el marco conceptual de la economía, generando la necesidad de enfoques interdisciplinarios. Esto ha llevado a dos caminos en el estudio de la felicidad: uno a partir de su relación con la economía; otro derivado de conceptualizaciones de disciplinas tangenciales a la economía, como la psicología y la sociología. En el primer caso, el marco teórico se muestra exiguo para determinar la felicidad como un campo específico de la economía. En el segundo, la interdisciplinariedad no asegura por sí misma la unicidad del concepto ni la convergencia de metodologías. Así, existe un “lado económico”, un “lado psicológico”, un “lado cultural” de la felicidad, entre otros ‘lados’. En el primer caso, la felicidad es parte de un sistema donde las personas o individuos actúan interrelacionados.

Observando las conductas en particular se trata de entender cómo funciona el todo (es un sistema complicado). En el segundo, existe esa misma relación, pero la interrelación genera vínculos particulares que brindan información específica. Las mediciones no alcanzan para explicar el todo a partir de elementos aislados (es un sistema complejo). La felicidad, como rama de la economía se encuentra en el primer caso, pero como finalidad del conocimiento humano, se encuentra en el segundo. Apoyados en este punto, es lícito concluir que la economía puede medir la felicidad pero no la puede observar, y tampoco definir. Mediante estas razones puede afirmarse que el desarrollo reciente de estudios sobre felicidad y economía no logran constituir una “economía de la

felicidad” como disciplina subsidiaria de la economía al estilo de una “economía laboral” o una “economía internacional”. Por un lado, porque la economía moderna no es una “ciencia de la felicidad”, y los estudios recientes se basan sobre un paradigma insuficiente que limita el desarrollo teórico. Por otro, porque el objeto de la economía implica la conducta de los individuos y la sociedad, y eso no puede explicarse en forma lineal. Esa ausencia de linealidad lo define como un sistema complejo, determinado por distintos subsistemas, los individuos y la sociedad, el todo y las partes, que evolucionan interactuando. La explicación y la predicción dependen de la comprensión de los distintos subsistemas.

De esta manera, la felicidad como categorización económica implica el conocimiento de distintos subsistemas, que son campos estancos de otras ciencias, y para su comprensión es necesario un enfoque interdisciplinario. El instrumental teórico de la economía es insuficiente y no alcanza para determinar explicaciones teóricas de sistemas complejos, sino solo para establecer relaciones empíricas: nos muestra la relación pero no la explica. Así, la economía sigue en deuda con la felicidad; lo único que puede establecerse es una “literatura de la felicidad”.

## **6.2. Cuestiones prácticas**

De los resultados presentados, se puede concluir que la felicidad no es un hecho totalmente económico, pero, al menos en la Argentina, parece ser un fenómeno económicamente condicionado. Los resultados muestran que así como los aumentos de ingreso o riqueza no siempre están asociados a mayores niveles de felicidad, al menos en el país, las reducciones de ingresos o los problemas económicos generan displacer. Y si hay displacer, no hay felicidad.

En los enfoques ortodoxos, la felicidad no es un objetivo o una categorización, sino un fin metateórico de la ciencia y de la política económica. Desde estos enfoques, una mayor disponibilidad de bienes aumenta el bienestar económico, y automáticamente, también la felicidad de la sociedad. Al dar por sentado que el aumento del bienestar económico genera mayor felicidad, para estas escuelas la felicidad como bienestar humano, no es un problema económico.

De la misma manera, no existe en ellas la necesidad teórica de establecer políticas públicas específicas para mejorar la felicidad de la sociedad, ya que solo mejorando determinados problemas, suponen que subirán el bienestar y la felicidad. Posiblemente por eso, no hay una política de felicidad ni la felicidad conforma el objetivo de las políticas públicas para la mayoría de los países del mundo.

Aunque parcial, de alguna manera esto puede tener algo de realidad: todas las políticas públicas influyen directa o indirectamente en la felicidad de las personas. Pero el problema es que al no estar la felicidad definida como objetivo en las políticas públicas, no se sabe cuál es ese efecto y su intensidad. Lo cual abre una pregunta: ¿los gobiernos deberían preocuparse por la felicidad de los individuos? Desde un punto de vista económico, según sugieren las mediciones y la evolución del desarrollo teórico obtenido hasta el momento, los gobiernos deberían preocuparse en que la economía no sea un condicionante de la felicidad. Eso es aplicable en todas las sociedades, pero principalmente en los países

subdesarrollados o más pobres, en los que fácilmente los problemas económicos devienen en condicionantes directos de la felicidad.

Las mediciones de felicidad se vuelven, así, un objetivo de política económica. Aunque esas mediciones dicen poco si no son acompañadas por otro tipo de indicadores de bienestar económico, subjetivos y objetivos. Medir la felicidad se torna un fin necesario, pero teniendo en cuenta la existencia de un vacío teórico aún profundo, que se pone en evidencia ante la proliferación de mediciones. Esto mismo es lo que le resta respaldo y justificación cuando en base a esta medición se diseñan políticas económicas para aumentar la felicidad. Aunque se mida la felicidad nacional bruta, como se mide el PIB, eso no garantiza que se puedan definir políticas a partir de esos datos. Justamente, porque no hay una teoría que explique y genere fundamentos para definir políticas de felicidad. Incluso a pesar de los grandes avances realizados, ese vacío teórico tampoco permite definir cuáles son las mediciones más adecuadas. Para medir se necesita una teoría y lo que hoy falta es una teoría que explique el fenómeno. Solo hay un conjunto amplio de mediciones que muestran resultados, a veces muy dispares.

El desarrollo actual de las mediciones de felicidad tienden a establecerse en el sentido inverso: no son la consecuencia de la aplicación de políticas de felicidad, sino que marcan la ausencia del marco teórico y la escasa fundamentación de las políticas públicas con respecto a la felicidad. Las políticas públicas actuales se diseñan pensando en el bienestar, pero no en la felicidad. Los enfoques ortodoxos considerarían que eso está sobreentendido, ya que si se mejora el bienestar, se mejorará la felicidad. La realidad marca que no siempre esa asociación ocurre.

La felicidad no tiene características de un bien económico, y por lo tanto, no es un bien público. Tampoco es un derecho que debe ser garantizado por el Estado (como sería la libertad), aunque sí parece ser una condición natural sobre la cual el Estado puede incidir a través de sus políticas públicas garantizando las condiciones para que los individuos logren alcanzar ese estado. Desde esas bases, la felicidad puede ser un fin político, pero no para diseñar políticas económicas de felicidad (políticas hedónicas), sino en el diseño de políticas para que la economía no se convierta en un condicionante de la misma. Para esto se necesitan dos cosas: darle más importancia al bienestar como objetivo de las políticas y mejorar las mediciones para detectar situaciones en las que la economía condicione a la felicidad individual.

## **Bibliografía**

- Aristóteles, (traduc. 2011). *Ética a Nicómaco*. España: Editorial TECNOS.
- Argyle, M., Martin, M., y Crossland, J. (1989). Happiness as a function of personality and social encounters. In J. P. Forgas y J. M. Innes (Eds.). *Recent advances in social psychology: an international perspective* (pp.189-203). Amsterdam: North Holland, Elsevier Science.
- Bentham, J. (2008). *Los principios de la moral y la legislación*. Buenos Aires: Editorial Claridad (version original publicada en 1789).
- Diener, E. (1984). Subjective well-being. *Psychological Bulletin*, 95(3), pp. 542-75.

- Diener, E., Emmons, R., Larsen, J., y Griffin, S. (1985). The satisfaction with life scale. *Journal of Personality Assessment*, 49(1), pp. 71-75.
- Easterlin, R. A. (1974). Does economic growth improve the human lot? Some empirical evidence. In P. A. David y M. W. Reder (Eds.). *Nations and households in economic growth: essays in honor of Moses Abramovitz* (pp. 89-125). London: Academic Press.
- Easterlin, R. A. (1995). Will raising the incomes of all increase the happiness of all? *Journal of Economic Behavior and Organization*, (27), pp. 35-48.
- Easterlin, R. A. (2001). Income and happiness: towards a unified theory. *The Economic Journal*, 111(473), pp. 465-484.
- Frank, R. H. (1985). *Choosing the right pond*. Nueva York: Oxford U. Press.
- Frey, B. y Stutzer, A. (2002). *Happiness and economics*. Nueva Jersey: Princeton University Press.
- Frey, B. y Stutzer, A. (2000). Maximizing happiness? *German Econometric Review*, 1(2), pp. 145-167.
- Gardner, J. y Oswald, A. J. (2001). Does money buy happiness? A longitudinal study using data on windfalls. *Working Paper*. Reino Unido: Warwick University.
- Giarrizzo, V. (2011a). Mediciones de bienestar económico: una alternativa para complementar los indicadores de crecimiento. In M. Rojas (coord.). *La Medición del Progreso y del Bienestar. Propuestas desde América Latina* (pp. 143-154). México: Foro Consultivo y Tecnológico.
- Giarrizzo, V. (2011b). Bienestar económico subjetivo: más allá del crecimiento. *Economía*, (34), pp. 9-34.
- Hills, P., y Argyle, M. (2002). The Oxford Happiness Questionnaire: A compact scale for the measurement of well-being. *Personality and Individual Differences*, (33), pp. 1071-1082.
- Kahneman, D. y Sugden, R. (2005). Experienced utility as a standard of policy evaluation. *Environmental & Resource Economics*, (32), pp. 161-181.
- Mill, J. S (1980). *Utilitarismo*. Argentina: Ediciones Orbis (versión original publicada en 1863).
- Oswald, A. J. (2012). The value to the environmental movement of the new literature on the economics of happiness. *Warwick Economic Research Papers*, (997), Department of Economics and CAGE Centre, University of Warwick.
- Pavot, W., y Diener, E. (1993). Review of the satisfaction with life scale. *Psychological Assessment*, (5), pp. 164-172.
- Stutzer, A. y Frey, B. (2012). Recent developments in the economics of happiness: A selective overview. A. Stutzer y B. Frey. *Recent developments in the economics of happiness* (pp. IX-XXIII). Cheltenham, UK: Edward Elgar.
- Ura, K., Alkire, S., Zangmo, T. y Wangdi, K. (2012). *A short guide to Gross National Happiness Index*. Thimphu: Centre for Bhutan Studies.